Reconocimiento a los Arbitros del Interior

La reciente final del Interior, también cuanto atañe al curso de los Campeonatos respectivos, significan pruebas de capacidad del referato respectivo. A las satisfacciones de los torneos y sus encuentros, se une la función de los árbitros, lo que origina consideraciones realmente encomiables.

Tanto en el primer match Rivera-Durazno, donde dirigiera terna sanducera: Miguel Saraibe, Luis A Cavillon y Asdrúbal Firpo, como en el 2º con trio maragato: Luis Perera, Adhemar González y Oscar Pérez, como en el tercer partido decisivo, en el hermoso estadio de Tacuarembó, con arbitraje impecable a cargo de Lenin de Castro, Antonio Domeniguini y Jacinto Fuentes demostraron todos conocimiento cabal de la difícil función.

Ello obliga a pensar que el Colegio de Arbitros de la A .U. de Football, tan activo en sus inquietudes, podría promover la creación de una categoría especial para estos jueces del Interior, a fin de que puedan dirigir en Montevideo, eximiéndoles de la obligación de cumplir un curso extenso, que por otra parte debe considerarse innecesario, dadas las virtudes expuestas.

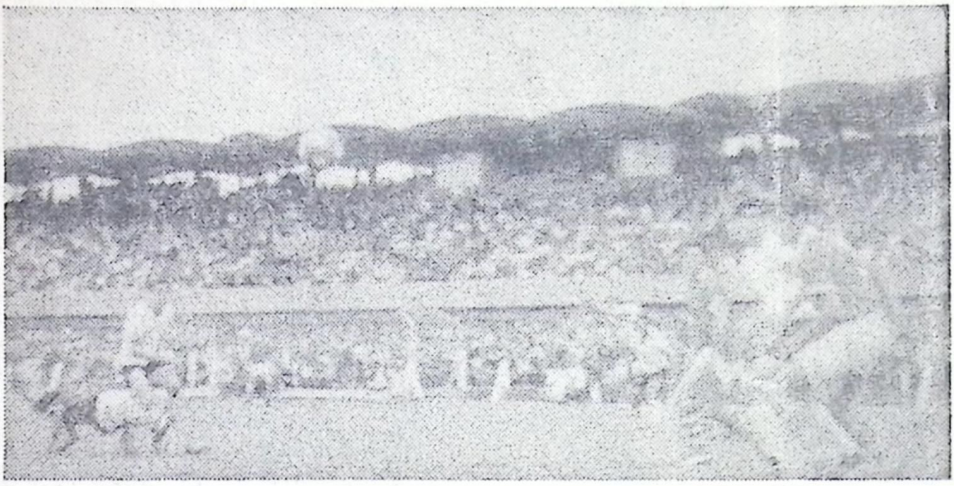
La asistencia a los cursos normales actuales, para un juez del Interior, es prácticamente prohibitiva, pues al extenderse por meses, obliga a un desplazamiento permanente, casi diario, que por la extensión kilómetrica entre el lugar habitual de residencia y donde se dictan las clases, le insume todo el tiempo no pudiendo desarrollar sus actividades privadas en su propio ambiente.

Entendemos que con un ciclo rápido, de unos 15 días por ejemplo, de adaptación y aplicación, ajustando reglamentaciones con O.F.I., podría habilitárseles para desempeñar las funciones referiles, en las que estos jueces del Interior demuestran tanta capacidad y acierto, lo que significaría aporte valioso que redundaría en estímulo y mejoramiento del fútbol uruguayo, no circunscribiéndose sólo al ámbito capitalino. En fin, procurar una fórmula que permita aprovecharlos.

DURAZNO CAMPEON

Consagración que es Parte de una Magnífica Historia

por EFRA



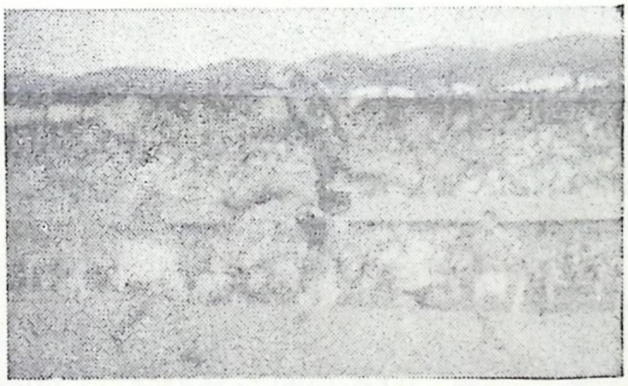
Todo es cuestión de ciclos y de saber esperar. Desde luego que sensatamente nadie va a sentarse a esperar la cosecha sin haber plantado, y junto a la paciencia para aguardar el ciclo vital de la germinación, debe existir como principio importante, el trabajo, el empeño, la dedicación y la fe.

El hombre que trabaja, siempre planta algo, y en esa acción simbólica, está el misterio de la simiente y el fruto, y la realidad de aspiraciones y concresiones, aunque siempre las primeras sean superiores a las últimas. Siempre es y será así. En el principio admitido, está también encerrado el misterio de la voluntad, el coraje, la fuerza y la valentía para la lucha.

Desde el Torneo de 1959, Durazno no obtenía el Campeonato de Campeones del Interior. A la época de las vacas gordas, siguió el de las flacas, mientras que sus dirigentes, jugadores, técnicos y aficionados, que habían sido testigos e intérpretes de un ciclo maravilloso y luminoso para el fútbol del Yí, fueron luego protagonista involuntarios de una trayectoria antagónica, de una época de pobreza deportiva, de escasez de triunfos, de aridez y abatimiento espiritual.

Tal vez en ese ciclo penoso, en el que se vivía de recuerdos, alguien fue más fuerte y más intrépido. Alguien que dio la voz para el despertar y para que los recuerdos sin dejar de perder el valor y el romanticismo de todo lo que atesora con cariño, se vieran aumentados por otros de presente, que fueron ráfaga para limpiar un horizonte plomizo, aunque empañó también con un telón de gotas cristalinas, los ojos de muchos que dieron rienda suelta a una emoción íntima y extraordinaria.

—+—



Tras un color rojo que pintó las tribunas del Estadio de Tacuarembó; tras las enseñas, banderas y pañuelos de ese color, que se agitaban y se estremecían en manos de una ola humana que gritaba también su pasión por el rojo, Durazno alcanzó su nuevo e histórico jalón deportivo, en una jornada para el mejor recuerdo. La ocasión fue digna para que golpearan fuerte, haciéndose oir y ver, los episodios más señalados del pasado. La ocasión fue propicia además para que se hiciera presente la figura de un gigante, de un forjador de triunfos, que surgió entre los gritos, los abrazos, la baraúnda y el clamoreo. Los viejos hinchas vieron al "negro" Vera, salir de ese infierno rojo y en la sugestión y el hechizo del momento, se vieron y se recordaron a Chelle, Magliano, Mendy, a Oscar Agresta el hacedor de las grandezas futbolísticas de los del Yí. Cosas nombres, hechos, pasado y presente juntos, mientras la gran mancha roja se movía al ritmo de tamboriles, redoblantes, panderetas, expandiéndose agitadamente por todo el Estadio. El verde del escenario era el fondo de un cuadro de victoria, con manos en alto y torsos envueltos en color rojo, buscando a borbotones la salida hacia la vida y hacia la euforia hasta ahora contenida y anhelada. Una invisible batuta dirigía el aplauso atronador, pero no podía dar forma a un coro vocinglero y enronquecido, que ensordecía con efecto de tromba, de sirena enloquecida, de locomotora sin control...

Poco a poco todo fue cobrando la normalidad. El gentío dispersado perdía efectos de sonoridades. Obstinadamente quedaban empero, una sonrisa esteriotipada y un murmullo con la palabra Durazno, con mecánica de grabador, de todo el esplendor de ruido y de color. La batuta seguía sin poder armar el coro, que languidecía, cuando el director invisible, quería ahora los tonos altos.

El Estadio se envolvía de silencios, los ruidos se apagaban, las luces de la tarde se volvían sombras. La victoria de Durazno era ya historia.